

¡Escuchásteis su voz, la voz ardiente
 Con que saluda ufano
 A la querida patria de que ausente
 Tanto tiempo se vió; por quien doliente
 Hondos suspiros exhalaba en vano?

¡Escuchásteis la voz conmovedora
 Con que ese Pastor tierno,
 Al ver la tierra que su pecho adora
 Y el fiel rebaño que en sus prados mora,
 Alaba las bondades del Eterno?

¡Pues alegres venid, y en dulce canto
 Su vuelta celebremos:
 Supla á mi voz el regocijo santo;
 Recobre el valle su perdido encanto,
 Y hosannas mil á nuestro Padre demos!



Cancion Epitalamica.

(A MARIANO G. ARAGON Y MARIA C. BELAUNZARAN.)

Arpa querida, celestial consuelo
 Que calmas de mi vida los pesares:
 Tú, que aquel dia en que piadoso el cielo
 Me unió con la muger á quien adoro,
 Con ese arcángel de mis sueños de oro,
 Acompañaste alegre los cantares
 Con que lleno de fuego y de ternura

Celebré mi ventura
 Y de mi amor el sin igual tesoro:
 Ven, que mi pecho de placer palpita,
 Y del númen sagrado que me agita
 Arder siento la llama,
 Que por mis venas rápida corriendo
 El corazon inflama.

Ven, que á pulsar tus cuerdas vibradoras
 Voy en tan bello y suspirado dia
 Que con dulces recuerdos me enagena,
 Y en que mi alma llena
 De inefable y purísima alegría,
 A la region se siente trasportada
 Donde brota el raudal de poesía.

Vosotras, de la hermosa primavera
 Las nacaradas flores

Que la alfombra bordais de la pradera,
Prestadme vuestros plácidos aromas:

Arroyos bullidores

Que descendéis de las tendidas lomas
Con alegre sonido murmurando,
Prestadme vuestros ecos seductores:

Ternísimas palomas

Que en las selvas cantais vuestros amores
Al par de los ardientes risueños,
Prestadme ahora vuestro arrullo blando;
Y pueda así con inspirado acento
El júbilo cantar en este día

Que, cual el rayo que amoroso envía

El sol resplandeciente,

De Mariano en la frente

Brilla, como en la frente de María.

¡Cuán profundos ¡oh Dios! vuestros arcanos
Y vuestros juicios son!... Cuando yo vuelvo

Ansioso la mirada

A aquella edad risueña y suspirada,
Que huyó con sus doradas ilusiones
Cual soñadas poéticas visiones;

Y á las tiernas memorias

De las horas fugaces que pasaron,
El alma junta las presentes glorias,
Pensando en que los sueños vaporosos
En realidad hermosa se trocaron;

¡Cuánto, Señor, el insondable océano

De tu bondad admiro,

Y el misterio profundo con que miro
Que á tus obras magníficas rodeas,
Cuando alumbras al hombre en su camino

Para que alcance su inmortal destino...
¡Omnipotente Dios, bendito seas!

De mi vida en la fresca primavera
Rayaba el sol de juventud ardiente,
Cuando te conocí, bella María.

Cual de rosa hechicera

Al contacto sutil del suave ambiente
Se abre el tierno boton, así se abría
De tu niñez la flor pura y galana,
A la primera luz de la mañana
Ostentando su pompa y lozanía.

Entreabierto capullo,

Tu perfume aspiraban

Llenos de noble orgullo

Esa santa mujer, mujer querida
De la heroica virtud justo modelo,
Y aquel amante padre de tu vida
Que hoy te está contemplando desde el cielo.

Quando tu casta sien se ve ceñida

Por la nupcial corona

Que tejen para tí santos amores
Con exquisitas y fragantes flores,

A mi labio perdona

Si mezcla con los cantos de alegría
Un recuerdo que el alma nos desgarrar
Como espina cruel tierna María.

Perdona, sí; pues de mi mente léjos
Está el turbar tu indefinible gloria:
Pero si he de contar la grata historia
Del que guardo por tí dulce cariño,
Pagar debo un tributo á la memoria

Del noble sér á quien en vano busco
 Como á su padre el niño;
 Del fiel amigo, cuyo amor profundo
 Fué mi norte y mi dicha en este mundo.

¡Cuántas veces alegre y plentero
 Contemplando tus gracias infantiles
 Le miré sonreír, y fuí el primero

De sus tiernos amigos
 Que, de tanta ventura al ser testigos,
 Oyó, con envidiable confianza,
 La historia de su amor, y las delicias
 Contempló que le daban tus caricias,
 Idolatrado objeto
 De su paterno afán y su esperanza!

¡Ay! el tiempo voló; sus negras alas
 Sobre nosotros triste sacudiendo,
 De aquellos días marchitó las galas,
 Y nos dejó sufriendo

De otros días la infanda desventura.
 Empero Dios el hondo desconsuelo
 Contempló de tu madre idolatrada,
 De esa fuerte mujer que, resignada
 A su constante duelo,
 Se ocupa sólo en bendecir al cielo.

Y cuando triste, humilde y solitaria
 Ha rogado por tí, cándida rosa
 Al recio vendaval del mundo expuesta,
 Oyó el Señor su tímida plegaria,
 Y brilló al fin la luz esplendorosa
 Que hoy ilumina tu sencilla fiesta.

¡Eres feliz!...y en tu contento muestras

La guirnalda vistosa
 Que embellece tu sien y la circunda!
 Y de ese jóven á quien amas tanto,
 Y cuyo corazón también se inunda
 En regocijo santo,
 Por la mujer te tienes más dichosa
 En que te llamen la adorada esposa.

¡Ah! cuando esta hermosísima mañana
 Al pié de aquel altar os ví gozosos
 Recibiendo de Dios la soberana
 Sublime bendición, dulces esposos;
 Con cuán crecido afán alcé mi mente
 Al trono de el electo entre millares
 Resplandece con luz indeficiente,
 Y he pedido con fe vuestra ventura
 Al Esposo eterno de los Cantares!

El escuche la voz del tierno amigo
 Que vuestro hermoso porvenir desea,
 Y cual hoy es testigo
 De la indecible dicha que os rodea,
 Siempre lucir la misteriosa antorcha
 En vuestro nuevo hogar tranquila vea.
 De la santa virtud las lindas flores
 Embalsamen doquier vuestra morada

Con sus blandos olores,
 Y no con sus fatídicos horrores
 El pesar os enturbie la mirada,
 Que, en las horas de amargo desconsuelo,
 Debeis fijar serenas en el cielo.

Y tú, madre amorosa,
 Que, como de Israel las heroínas,

Firme en tu Dios, la tempestad sañosa
 Ves tranquila pasar; y las ruinas
 Contemplas sin temblar de las mas bellas
 Esperanzas de amor y de dulzura:
 Alza tambien al anchuroso cielo
 Tu casta, y digna, y respetada frente,
 Y dí con noble y maternal orgullo:
 "Al borde de la tumba de mi esposo
 No quedó solitario aquel capullo...
 La mano de una madre cariñosa
 Su existencia preciosa
 Supo cuidar, para que diese un día
 El blando aroma que la blanca rosa
 En torno exhala y á su padre envía."



POESIA

leída en la distribucion de premios que tuvo lugar
 en la Sociedad Católica de México el 26 de Diciem-
 bre de 1869, entre los niños pobres que educa en
 sus Colegios la misma Sociedad.

I.

Gratos aromas á la brisa errante
 Dan en el valle las tempranas flores,
 Cuando al nacer el rastro rutilante
 Baña la tierra en dulces resplandores.

Así vosotras, delicadas plantas,
 Que, llenas de vigor y lozanía,
 Las esperanzas sois puras y santas
 De la triste y hermosa patria mia;

Al blando influjo de la noble ciencia
 Que la sublime religion fecunda,
 Hoy esparcís la regalada esencia
 En que el creyente corazon se inunda.

Y ese perfume que apacible vaga
 En las ligeras alas del ambiente
 ;Con qué dulzura celestial embriaga
 Del cristiano poeta el alma ardiente!

Formando está la misteriosa nube

De nuestros votos al Señor inmenso,
Y se alza, y crece, y hasta el cielo sube
Como el mas grato y oloroso incienso.

Y mira Dios en ella complacido,
De la fé de sus hijos el tributo;
De la sagrada fe que ha producido
Este de bendicion opimo fruto.

¡Cuán hermoso es á fé!...¡qué dulce encanto
Se apodera del alma en este dia!.....
¡Cómo quisiera en armonioso canto
Celebrar tan purísima alegría!

Yo el bardo soy que á la sublime ciencia
Cantó en un tiempo de feliz memoria
Y en pos vagó de su divina esencia,
Para templar su sed, su sed de gloria.

Pero tras tanto caminar inquieto,
Como nave sin rumbo por los mares,
Sólo en tí, Caridad, el digno objeto
Pude encontrar al fin, de mis cantares!

Sólo en tí, santo amor de los amores,
Angel hermoso de esplendentes galas,
Que consuelas al hombre en sus dolores
Y al niño cubres con tus blancas alas;

En tí, virtud, cuyo divino nombre
Escuchó del Calvario la Colina
De los cárdenos labios del Dios-Hombre
Que al mundo levantó de su ruina;

En tí, cuyo misterio el mas profundo,
Ignorado pasó de las edades
En que orgulloso y corrompido el mundo
De vil materia se forjó deidades;

En tí, tan sólo, poderoso aliento,
Emanacion sublime de Dios mismo,
Generoso y fecundo sentimiento,
De ternura y amor inmenso abismo;

Ha buscado afanosa el alma mia
La ardiente inspiracion para su canto,
Y en tu ser encontró la poesía
Que mueve el corazon á dulce llanto.

El embarga hoy mi voz; cuando contemplo
Esos ángeles puros de la tierra
Que siguen de Jesus el alto ejemplo
Con la ternura que su pecho encierra:

Y que del Hombre-Dios á semejanza,
De los cándidos niños se rodean
Y en labrarles su eterna bienandanza
Con tan asidua caridad se emplean;

El corazon con ímpetu violento
Siento agitarse; mas mi ruda pena
Es no hallar en los labios un acento
Digno del gozo que mi pecho llena.

Suplidle con el santo regocijo
Que en vuestros ojos luce indeficiente
Hoy que el Eterno vuestro afan bendijo
Y ceñimos un lauro en vuestra frente.

La ciencia y la virtud engalanadas,
Cual dos ángeles púdicos y bellos,
Amórosas os fijan sus miradas
Que del trono de Dios son los destellos.

Y su triunfo en vosotros contemplando
Ledas sonrién con amor profundo,
Y así prorumpen con acento blando
Que absorto escucha y conmovido el mundo.

II.

“¡Al Dios Omnipotente
Cantad honor y gloria!
¿Quién hay, quien hay que cuente
La grande y tierna historia
De la bondad magnífica
De nuestro excelso Dios?

“Alzad, pobres mortales,
La frente que abatida
Por los inmensos males
Llevais de vuestra vida
Hacia el azul purísimo
Do brilla el alma sol.

“Sobre los astros mismos
El Hacedor se asienta
Que llena los abismos
Y en su poder sustenta
Los orbés que sin número
Pueblan la inmensidad.

“Junto á su trono augusto
Que luce diamantino,
El solio está do el justo
En su inmortal destino
A ver el rostro fúlgido
De Dios se asentará.

“Alzad los turbios ojos
Que en el mortal quebranto
Del mundo los abrojos
Riegan con triste llanto;
Y ved la estancia espléndida
Donde al placer no hay fin.

“Aquella es la morada
Donde el Señor habita,
Que os tiene preparada
Su clemencia infinita,
Para que eternos cánticos
Vayais á repetir.

“Mas la fulgente estrella
Seguid que os encamina:
Ved cuán pura destella
La religion divina,
Que es en las penas bálsamo,
Consuelo en el dolor.

“En ella está la ciencia
Que á la virtud se hermana,
La mas grata creencia,
Y sin la cual es vana
La dicha porque inquiétase
Contínuo el corazón.

“¡Dichosos los que siguen
 Nuestro seguro paso,
 Hasta que ver consiguen
 El sol que sin ocaso
 Llena de luz clarísima
 El eternal Eden!

“Dichosos los que emprenden
 El áspero camino,
 Y sus miradas tienden
 Al único destino
 De gloria que no eclipsase,
 De la verdad y el bien!

“En vano busca el hombre
 Otro rico tesoro,
 Poder que al mundo asombre
 Honor, delicias y oro:
 En vano el mundo agítase
 De falsa gloria en pos.

“Tan solo el lauro hermoso
 Conservan las edades
 Del hombre que afanoso
 Pide á nuestras deidades
 La ciencia del espíritu
 Y el bien del corazón!”

III.

¡Y aquesse lauro, niños inocentes,
 A quienes mira con envidia el alma,

Es el que ciñe vuestras castas frentes,
 Y esa es la digna, la gloriosa palma?

¡Oh si por un instante yo pudiera
 Retroceder del mundo en el camino
 Y hallarme en esa dulce primavera
 Con que hoy os brinda el mágico destino!

Yo tambien como vos en fausto día,
 Que imborrrable conservo en la memoria,
 Temblando de emocion y de alegría
 Tan bello lauro recibí de gloria:

¡De la sublime caridad ardiente
 Hubo un ángel tambien, que cariñoso
 Vino á ponerlo entónces en mi frente,
 Y yo fuí, cual vosotros, muy dichoso!...

Cual su aroma la flor en el capullo,
 Los recuerdos guardad de este momento,
 Y nunca venga el viento del orgullo
 A turbar vuestras horas de contento.

¡Felices sed!...Mas nunca en vuestra vida
 Apartar pretendais vuestra mirada
 De esa Virgen sin mancha Concebida,
 De esa Madre feliz Inmaculada.

¡Es tan buena y dulcísima Paloma
 La que os cubriera con sus blancas alas:
 El Trono excelso do el saber asoma,
 La flor que ostenta de virtud las galas!

Estén en ella vuestros ojos fijos,
Y al darla vuestros lauros en ofrenda,
Decidla: "¡oh Madre, tus dichosos hijos
Hoy los consagran de su amor en prenda!"



MORELOS.

(A JOAQUIN DIAZ.)

SONETO.

Qual suele tempestad asoladora
Los pinos derribar del alta sierra,
Así destruye, oh rayo de la guerra,
Al ibero tu mano vengadora.

Y ya desde el ocaso hasta la aurora,
Del aquilon á la abrasada tierra,
Aquel pendon que libertad encierra
Paseando va tu hueste triunfadora.

En Cuautla ofuscas de la Grecia el brillo,
Y de México el nombre hasta los cielos
Con el tuyo levántase radioso.

Y sucumbes despues, noble caudillo;
Mas queda el heroísmo de Morelos
Por blason de este pueblo valeroso.